

jos (como declara San Gerónimo); y así una de las mayores alabanzas que ponen los Santos de la meditacion y consideracion, ó la mayor, es, que ella es una grande ayudadora de todas las virtudes y de todas las buenas obras. Es, dice Gerson (1) hermana de la leccion, ama de la oracion, guia de la obra, perfeccionadora y juntamente consumadora de todas las cosas.

Para que por el un contrario se acabe de conocer mejor el otro, una de las principales causas de todos los males que hay en el mundo, es la falta de consideracion; conforme á aquello del profeta (2): "Desolada con desolacion está toda la tierra, porque ninguno hay que piense de corazon." La causa por que está tan asolada la tierra en lo espiritual, y hay tantos pecados en el mundo, es porque apenas hay quien éntre dentro de sí y se pare á pensar y revolver en su corazon los misterios de Dios. Porque, ¿quién se atreveria á cometer un pecado mortal si considerase que murió Dios por el pecado y que es tan grande mal que fué menester que se hiciese Dios hombre para que de todo rigor de justicia satisficiese por él? ¿Quién se atreveria á pecar si considerase que por un solo pecado mortal castiga Dios con infierno para siempre jamás? Si se pusiese uno á pensar y á ponderar aquel: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (3);" aquella eternidad, aquel para siempre jamás y mientras Dios fuere Dios ha de arder en los infiernos, ¿quién habria que por un deleite de un momento escogiese tormentos eternos? Decia Santo Tomás de Aquino (4) que una cosa no podia él entender, cómo era posible

(1) Soror lectionis, nutrix orationis, directrix operis, omniumque pariter perfectio, et consumatrix existens. Gers.

(2) Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitat corde. Jerem., XII, 4.

(3) Discedite a me, maledicti, in ignem aeternum. Matth., XXV, 41.

(4) In Hist. Ordin. Sancti Dominici, p. 1, l. 3, c. 37.

que el que estaba en pecado mortal se pudiese reir y tener contento. Y tenia mucha razon, porque sabe de cierto que si se muriese se iria al infierno para siempre jamás, y no tiene seguro un momento de vida. Estaba el otro en banquetes y en grandes músicas y regocijos (1), y porque tenia sobre la cabeza una espada desnuda colgada de un hilo, estaba temblando cuando caeria, y nada le daba gusto; ¿qué será al que le amenaza, no solamente la muerte temporal, sino la eterna que depende de un hilo de la vida que se puede caer allí muerto de repente, y acostarse bueno y sano y amanecer en el infierno? Un siervo de Dios decia á este propósito, que le parecia á él que en la república cristiana no habia de haber mas de dos cárceles, una de la santa Inquisicion y otra de locos: porque ó cree uno que háy infierno para siempre jamás para el que peca, ó no; si no lo cree, llévenle á la Inquisicion por herege; si lo cree, y con todo eso se quiere estar en pecado mortal, llévenle á la casa de los locos; porque ¿qué mayor locura puede ser que esa? No hay duda sino que si uno considerase con atencion estas cosas, le seria gran freno para no pecar. Por eso procura el demonio con tanta diligencia impedirnos esta meditacion y consideracion. Lo primero que hicieron los filisteos (2) en cogiendo á Sanson, fué sacarle los ojos; así el demonio eso es lo primero que procura con el pecador; ya que no le puede quitar la fé, procura que de tal manera crea como si no creyese, que los que ven no vean, y los que oyen no oigan ni entiendan (3); procura que no considere lo que cree ni repare en ello mas que si no lo creyese; ciérrale los ojos, que es lo mismo para él, porque así como no aprovecha na-

(1) Damocles apud Cicer. Tusc. 5.

(2) Judicum XVI, 21.

(3) Ut videntes non videant, et audientes non audiant, neque intelligant. Matth., XIII, 13.

da abrir los ojos si estais en lo oscuro, porque no vereis nada; así, dice San Agustín (1), no aprovechará nada estar en lo claro si tenéis cerrados los ojos; porque tampoco vereis nada. Pues por esto es de tanta importancia la meditacion y oracion mental que hace abrir los ojos con meditacion y oracion mental. De un bien y provecho grande que tenemos de sacar de la meditacion y cómo se ha de tener para aprovecharnos de ella. Muy bueno es ejercitarnos en la oracion en afectos y deseos de la voluntad; de lo cual trataremos luego; pero es menester que esos afectos y deseos vayan bien fundados en razon, porque el hombre es racional y quiere ser llevado por razon y por via de entendimiento. Y así, una de las cosas principales á que se há de ordenar y enderezar la meditacion, ha de ser para quedar muy desengañados y enterados en las verdades, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene. Y este ha de ser uno de los frutos principales que tenemos de procurar sacar de la oracion. Y débese notar mucho este punto, porque es muy principal en esta materia; y especialmente á los principios es menester que se ejercite uno mas en esto para que vaya bien fundado y enterado en las verdades. Pues para que mejor podamos sacar esto de la meditacion y sea ella de mucho fruto, es menester que no se haga superficialmente ni de corrida, ni muerta, y flojamente, sino con viveza y con mucha atencion y reposo. Habis de meditar y considerar muy despacio y con mucho sosiego la brevedad de la vida y la fragilidad y vanidad de las cosas del mundo, y cómo con la muerte se acaba todo,

para que así menospreciéis todas las cosas de acá y pongais todo vuestro corazon en lo que há de durar para siempre. Habis de considerar y ponderar muchas veces cuán vana cosa es la estima y opinion de los hombres, que tanta guerra nos hace, pues no os quita ni os pone nada ni os puede eso hacer mejor ni peor, para que vengais á menospreciarla y á no hacer caso de eso, y así de todo lo demás. De esta manera se va uno desengañando y convenciendo y resolviendo en lo que le conviene, y se va haciendo hombre espiritual. "Se sentará solitario, y callará, porque se levantó sobre sí (1)." Vase levantando sobre sí y va cobrando un corazon generoso y menospreciador de todas las cosas del mundo, y viene á decir con San Pablo: "Lo que antes tenia por ganancia tengo ahora por pérdida, y por estiercol por ganar á Cristo (2)." Hay mucha diferencia de meditar á meditar, y de conocer á conocer, porque de una manera conoce el sábio una cosa y de otra el simple é ignorante; el sábio conoce como ella es de verdad, mas el simple conoce solamente la apariencia de fuera. Como una piedra preciosa, si la halla una persona simple, codiciála por el resplandor y hermosura exterior de ella, y no por otra cosa, porque no conoce su valor; mas el lapidario sábio, que halla la tal piedra preciosa, codiciála mucho, no por el resplandor y hermosura de fuera, sino porque conoce bien el valor y virtud de ella. Pues esa es la diferencia que hay del que sabe meditar y considerar los Misterios divinos y las cosas espirituales al que no sabe, que este mira las cosas superficialmente y como por de fuera, y aunque le parecen bien por el lustre y resplandor que en ellas ve, no se mue-

(1) Sedebit solitarius, et tacebit, quia levavit super se. Threnor. III, 48.

(2) Propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrificam. Ad Phil., III, 8.

(1) August. sup. Ps. XXV, prope finem.



meditacion, responde (1) que, salva siempre la obediencia, lo mejor será vacar á la meditacion; y dá esta razon, porque aunque con la oracion vocal y con la leccion espiritual sienta por ventura uno de presente mayor devocion y provecho que con la meditacion, mas en quitando el libro de delante, ó dejando de hablar se suele acabar tambien aquella devocion; pero la meditacion aprovechale y dispónese mas para adelante, y por eso dice que es menester que nos acostumbremos á la meditacion, para que, aunque falte el ruido de las voces y aunque falten los libros, la meditacion sea nuestro libro, y así no falte la verdadera devocion.

CAPITULO XI.

Del modo que se ha de tener en la oracion, y el fruto que habemos de sacar de ella.

“Calentóse mi corazon dentro de mí, y en mi meditacion arderá el fuego (2).” En estas palabras nos declara el Profeta David el modo que habemos de tener en la oracion, conforme á la esplicacion de muchos doctores y santos (3), los cuales declaran este lugar del fuego de la caridad y amor de Dios y del prójimo que con la meditacion de las cosas celestiales se encendia y ardia en el pecho del Real Profeta. Mi corazon, dice, cobró calor y se encendió allá dentro. Ese es el efecto de la oracion. Pero, ¿cómo cobró ese calor? ¿cómo se encendió ese fuego allá dentro en el corazon? ¿Sabeis cómo? Con la meditacion (4). Ese es el medio y el instrumento para encender ese fuego. De manera que la meditacion

(1) Gerson p. 2. alph. b. 34. littera M. et de solitudine Ecclesiasticorum particula 41, alph. b. 37, lit. A.  
 (2) Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis. Ps. XXXVIII, 4.  
 (3) Hyeron., Ambros., Gregor. (lib. 23, Mor. c. 5.), Interlinealis, et alii.  
 (4) Et in meditatione mea exardescet ignis. Loc. cit.

(dice San Cirilo Alejandrino) es como el dar con el eslabon en el pedernal para que salga fuego: con el discurso y meditacion del entendimiento habeis de dar golpes en este pedernal duro de vuestro corazon, hasta que se encienda en amor de Dios y en deseo de la humildad y de la mortificacion y de las demas virtudes, y no habeis de parar hasta sacar y encender en él este fuego.

Aunque la meditacion es muy buena y necesaria; pero no se nos ha de ir toda la oracion en discursos y consideraciones del entendimiento, ni habemos de parar ahí, porque eso mas seria estudio que oracion; sino todas las meditaciones y consideraciones que tuviéremos las habemos de tomar por medio para despertar y encender en nuestro corazon los afectos y deseos de las virtudes, porque la bondad y santidad de la vida cristiana y religiosa no consiste en los buenos pensamientos é inteligencia de cosas santas, sino en las virtudes sólidas y verdaderas, y especialmente en los actos y operaciones de ellas, en las cuales, como dice Santo Tomás (1), está la última perfeccion de la virtud. Y así, en esto principalmente habemos de insistir y ocuparnos en la oracion.

Este se ha de tener por primer principio en esta materia. Aun allá dijo el otro filósofo, y lo trae Gerson (2): «Andamos inquiriendo é investigando qué cosa sea la virtud; no para saber, sino para ser buenos y virtuosos.» Aunque es necesaria la aguja para coser, pero no es ella la que cose sino el hilo, y así muy indiscreto seria el que todo el dia gastase en entrar y sacar la aguja sin hilos, porque seria trabajar en vano; pues esto hacen los que en la oracion todo es en-

(1) S. Thom. 1-2, q. 3, art. 2.  
 (2) Inquirimus, quid sit virtus, non ut sciamus, sed ut boni efficiamur. Gerson, super Magnificat, alph. 86, littera. D.

tender y meditar, y poco amar. La meditacion ha de ser como la aguja, que entra ella primero; pero para que entre tras ella el hilo de amor y aficion de la voluntad, con la cual nos habemos de unir y juntar con Dios.

Nuestro Padre nos advierte de esto mismo muy en particular, y nos lo repite muchas veces en el libro de los Ejercicios Espirituales. Despues de haber puesto los puntos que habemos de meditar con algunas breves consideraciones, dice luego: «y referirlo he todo á mí, para sacar algun fruto.» En eso está el fruto de la oracion, en saber referir y aplicar cada uno á sí, para su propio provecho, lo que medita, conforme á lo que ha menester. Dice muy bien el glorioso San Bernardo (1): así como el sol no á todos los que alumbra calienta, así la ciencia y la meditacion, aunque enseña lo que se ha de hacer, no á todos mueve y aficiona á hacer lo que enseña, y una cosa es el tener noticia de muchas riquezas, y otra el poseerlas. Así, dice, una cosa es conocer á Dios, y otra temer y amar á Dios; y conocer muchas cosas de Dios, no nos hace verdaderos sábios, ni ricos, sino el temer y amar á Dios. Traen tambien otra buena comparacion para esto: así como al que tiene hambre le aprovechará poco ponerle delante una mesa muy espléndida de muchos y muy buenos manjares, si no come de ellos; así al que tiene oracion le aprovechará poco tener delante de sí una mesa muy rica y abundante de muchas y muy excelentes consideraciones, si no come, aplicándolas á sí con la voluntad para aprovecharse de ellas.

Descendiendo en esto mas en particular, digo, que lo que habemos de sacar de la meditacion y oracion, ha de ser afectos y deseos santos, que se forman primero inte-

(1) Bernard, serm. 23 super Cantica.

riormente en el corazon para que despues á su tiempo salgan en obra. El bienaventurado San Ambrosio dice que el fin de la meditacion es la obra (1). Aquellos santos y misteriosos animales, que vió el Profeta Ezequiel, entre otras condiciones, dice que tenian alas, y debajo de ellas manos de hombre (2), para darnos á entender que el volar y discurrir con el entendimiento ha de ser para obrar. Pues habemos de sacar de la oracion afectos y deseos de humildad, despreciándonos á nosotros mismos y deseando ser despreciados de otros; deseos de padecer penas y trabajos por amor de Dios, y holgarnos con los que de presente tenemos; afectos de la pobreza de espíritu, deseando que lo peor de casa sea para nosotros y que aun en las cosas necesarias nos falte algo; dolor y contricion de los pecados, y propósitos firmes de antes rebentar que pecar; agradecimiento de los beneficios recibidos, resignacion verdadera y entera en las manos de Dios; y finalmente, deseo de imitar á Cristo nuestro Redentor y Maestro en todas las virtudes que resplandecen en él. Y á esto se ha de enderezar y ordenar nuestra meditacion, y ese es el fruto que habemos de sacar de ella.

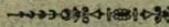
De aqui se sigue, que pues la meditacion y discurso del entendimiento le tomamos como medio para mover la voluntad á estos afectos y ese es el fin de todo este negocio, que tanto habemos de usar de la meditacion y discurso del entendimiento, cuanto fuere menester para esto y no mas, porque los medios hánse de proporcionar y medir con su fin. Y así, en sintiendo aficionada y movida la voluntad con algun afecto de alguna virtud, como dolor de pecados, desprecio del mundo, amor de Dios, deseo

(1) Meditationis praeceptorum coelestium intentio, vel finis operatio est. Ambros. Psalm. 118. octon. 6. super illud: et meditabar in praeceptis tuis.  
 (2) Et manus hominis sub pennis eorum. Ezech. I, 8.

de padecer por él ú otro semejante; luego habemos de cortar el hilo del discurso del entendimiento, como quien quita á los arcos ó puentes las cimbras de madera, y detenernos y hacer pausa en ese afecto y deseo de la voluntad, hasta satisfacernos y embeberle muy bien en nuestra ánima. Este es un aviso muy importante, y nos le pone nuestro Padre en el libro de los Ejercicios Espirituales, donde dice (1) que en el punto que hallaremos la devoción y sentimiento que deseamos, ahí paremos y en eso nos detengamos, sin tener ánsia de pasar á otra cosa hasta que quedemos satisfechos. Asi como el hortelano cuando riega una herba, en comenzando á entrar el agua en ella detiene el hilo de la corriente y deja empapar y embeber el agua por las entrañas de la tierra seca, y hasta que está bien empapada y embebida no pasa adelante, asi en comenzando á entrar el agua del buen afecto y deseo en nuestra ánima, que es como una tierra sin agua, como dice el Profeta (2), habemos de detener la corriente del discurso del entendimiento y estarnos gozando de ese riego y afecto de la voluntad cuanto pudiéremos, hasta que se embeba y empape en el corazon y quedemos bien satisfechos. El bienaventurado San Crisóstomo trae otra comparacion buena para declarar esto. ¿No habeis visto, dice, cuando un corderillo va á buscar los pechos de su madre, que no hace sino dar una vuelta por aqui y otra por alli y ahora toma la ubre y luego la deja; pero en comenzando á venir el golpe de la leche, luego pára y con sosiego está gozando de ella. Asi es en la oracion, antes que venga el rocío del cielo, anda el hombre discurriendo de aqui para alli; pero en viniendo aquel rocío celestial, luego habemos

(1) S. P. N. Ignatius, lib. *Exercitiorum spirit.* addit. 4.  
 (2) Anima mea sicut terra sine aqua tibi. *Ps. CXLI*, 6.

mos de parar y gozar de aquella suavidad y dulzura.



CAPITULO XII.

De cuánta importancia sea el detenernos en los actos y afectos de la voluntad.

Es de tanta importancia el detenernos y hacer pausa en los actos y afectos de la voluntad, y estimarlo en tanto los santos y los maestros de la vida espiritual, que dicen que en esto consiste la buena y perfecta oracion y aun lo que llaman contemplacion, cuando ya el hombre no busca con la meditacion incentivos de amor, sino goza del amor hallado y deseado, y descansa en él como en el término de su inquisicion y deseo, diciendo con la Esposa en los Cantares: "Hallado he al que ama mi ánima, téngole y no le dejaré (1)." Y esto es lo que dice alli tambien la misma Esposa: "Yo duermo, pero mi corazon está velando (2):" porque en la perfecta oracion está como adormecido el entendimiento, porque ha dejado el discurso y especulacion, y la voluntad está velando y derritiéndose en amor de su Esposo. Y agrádale tanto al Esposo este sueño en su Esposa, que manda que se le guarden y no la despierten de él hasta que ella quiera: "Yo os conjuro, hijas de Jerusalem, por las cabras y ciervos de los campos, que no despertéis á la amada hasta que ella quiera (3)." De manera que la meditacion y todas las demas partes que ponen de la oracion, se ordenan y enderezan á esta contemplacion, y son como unos escalones por donde habemos de subir á ella. Asi lo dice San Agustin en un libro que se llama Escala del Paraiso: "La leccion bus-

(1) Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam. *Cant.* III, 4.  
 (2) Ego dormio, et cor meum vigilat. *Cant.* V, 2.  
 (3) Adjuro vos filiae Jerusalem, per capreas cervosque camporum, ne suscitatis, neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit. *Cant.* V, 5.

ca, la meditacion halla, la oracion pide; pero la contemplacion gusta y goza de aquello que buscó, y pidió, y halló (1). Y trae aquello del Evangelio: "Buscad, y hallareis: llamad, y abriros han (2)." Dice San Agustin: "Buscad leyendo, y hallareis meditando; llamad orando, y abriros han contemplando (3)." Y asi advierten los Santos, y lo trae Alberto Magno (4), que esta es la diferencia que hay entre la contemplacion de los fieles católicos y la de los filósofos gentiles, que la contemplacion de los filósofos toda se ordena á perfeccionar el entendimiento con el conocimiento de las verdades conocidas, y asi pára en el entendimiento, porque ese es su fin; saber y conocer mas y mas. Pero la contemplacion de los católicos y de los Santos, de que ahora tratamos, no pára en el entendimiento, sino pasa adelante, á reglar y mover la voluntad, y á inflamarla y encenderla en el amor de Dios, conforme á aquello de la Esposa: "Mi ánima se derritió en hablando mi amado (5)." Y notó esto muy bien Santo Tomás tratando de la contemplacion: dice (6) que, aunque la contemplacion esencialmente consiste en el entendimiento, pero que su última perfeccion está en el amor y afecto de la voluntad: de manera, que el intento y fin principal de nuestra contemplacion ha de ser el afecto de la voluntad y el amor de Dios.

De esta manera dice San Agustin (7) que nos enseñó á orar Cristo nuestro

(1) Lectio inquirit, meditatio invenit, oratio postulat, contemplatio degustat. *Aug. lib. de scala Paradisi.*  
 (2) Quaerite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis. *Matth.* VII, 7.  
 (3) Quaerite legendo, invenietis meditando; pulsate orando, et aperietur vobis contemplando. *Aug. ib.*  
 (4) Albertus Magnus, lib. *de adhaerendo Deo*, c. 9.  
 (5) Anima mea liquefacta est, ut locutus est. *Cant.* V, 6.  
 (6) S. Thom. 2-2, q. 180, art. 7.  
 (7) *Aug. lib. de Orando Deum cap. 10, qui est Epist. 121. ad Probam.*

Redentor en el Evangelio, cuando dijo: "Cuando oráredes, no habeis mucho (1)." Dice San Agustin: "Una cosa es hablar mucho, y discurrir y conceptear mucho con el entendimiento, y otra cosa es detenernos mucho en el amor y afectos de la voluntad. Lo primero es lo que se ha de procurar escusar en la oracion, porque eso es hablar y hablar mucho (2)." Y este negocio de la oracion, dice el Santo (3), no es negocio de muchas palabras. No se negocia con Dios en la oracion con retóricas, ni con abundancia de discursos y delicadezas de pensamientos y razones, sino con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del corazon, conforme aquello del profeta Jeremías: "No calle la niñeta de tu ojo (4)." Pregunta San Gerónimo (5), sobre estas palabras, cómo dice el Profeta: "no calle la niña de tu ojo." ¿La lengua no es la que habla? ¿Cómo pueden hablar las niñetas de los ojos? Responde el Santo: Cuando derramamos lágrimas delante de Dios, entonces se dice que las niñas de los ojos dan voces á Dios: como aunque no hablemos palabra con la lengua, podemos clamar á Dios con el corazon, como dice San Pablo: "Envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Padre, Padre (6)." Y en el Éxodo (7) dijo Dios á Moisés: "¿Para qué clamas?" y no hablaba palabra, sino dentro de su corazon oraba con tanto fervor y eficacia, que le dice Dios: "¿Para qué me das voces?" Pues de esa manera habemos nosotros de dar voces á Dios en la oracion,

(1) Orantes autem nolite multum loqui. *Matth.* VI, 7.  
 (2) Aliud est sermo multus, aliud diuturnus affectus; absit ab oratione multa locutio, sed non desit multa precatio. *Aug. ib.*  
 (3) Et negotium hoc plus gemitibus, quam sermonibus agitur. *ib.*  
 (4) Neque taceat pupilla oculi tui. *Thren.* II, 18.  
 (5) *Hier. in Ps. 50.*  
 (6) Misit Deus spiritum filii sui in corda vestra, clamantem Abba Pater. *Ad Gal.* IV, 6.  
 (7) Quid clamas ad me? *Exod.* XIV, 18.

con los ojos, con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del corazón.

CAPITULO XIII.

En que se satisface á la queja de los que dicen que no pueden ó no saben meditar ni discurrir con el entendimiento.

Con esto queda respondido á una queja muy comun de algunos que se congojan, diciendo que no pueden ó no saben discurrir en la oracion, porque no se les ofrecen consideraciones con que dilatar y estender los puntos, sino que luego se les acaba la hebra. No hay que tener pena ninguna de esto; porque, como habemos dicho, este negocio de la oracion, mas consiste en afectos y deseos de la voluntad que en discursos y especulaciones del entendimiento. Antes advierten aquí los maestros de la vida espiritual que es menester tener cuenta que la meditacion del entendimiento no sea demasiada, porque eso suele impedir mucho la mocion y afecto de la voluntad, que es lo principal, y especialmente cuando uno se detiene en consideraciones sutiles y delicadas se impide mas esto. Y la razon es natural, porque claro está que si una fuente no tiene mas de un real de agua, y tiene muchos caños, que cuanto mas corriere por uno, tanto menos correrá por el otro. Pues la virtud del ánima es finita y limitada, y cuanto mas se derrama por el caño del entendimiento, tanto menos corre por el de la voluntad. Y asi vemos por experiencia que si el ánima está con devocion y sentimiento, y el entendimiento se demanda con alguna especulacion ó curiosidad, luego se seca el corazón y se apaga aquella devocion: es que se fué desaguando la fuente por el otro caño del entendimiento, y por eso quedó seco el de la voluntad. Y asi dice Gerson (1) que de aqui

(1) Gerson, p. 3. de monte contemplat. alph. 73, c. 2, et sequent.

viene que los que no son letrados, algunas veces, y muchas, son mas devotos y les vá mejor en la oracion que á los letrados, porque se desaguan menos por el entendimiento, no se ocupando, ni distrayendo en especulaciones, ni en curiosidades, sino procurando luego con consideraciones llanas y sencillas, mover y aficionar la voluntad; y mas les mueven á ello aquellas consideraciones humildes y caseras, y mas efecto hacen en ellos que en otros las altas y delicadas. Como lo vemos en aquel santo cocinero, de quien digimos arriba (1), que del fuego material que traia entre manos, tomaba ocasion de acordarse del fuego eterno, y andaba con tanta devocion que tenia don de lágrimas en medio de sus ocupaciones.

Y débese notar mucho este punto: sea el afecto y el deseo muy alto y muy espiritual, y no se os dé nada que el pensamiento ó consideracion sea baja y comun. Tenemos de esto hartos ejemplos en la Sagrada Escritura, donde el Espíritu Santo, con muy llanas y comunes comparaciones nos declara cosas muy altas y subidas. Sobre aquellas palabras: "¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré (2)?" pregunta San Ambrosio (3): ¿por qué deseando el Profeta volar y subir á lo alto, pide alas de paloma y no de otras aves, pues hay otras mas ligeras que la paloma? Y responde: porque sabia muy bien que, para volar á lo alto de la perfeccion, y para tener muy buena y alta oracion, mejores son las alas de paloma; esto es, los simples de corazón, que los agudos y delicados entendimientos, conforme á aquello del Sábio: "A los humildes y simples de corazón se comunica Dios (4)."

(1) Trat. 3, c. 8  
(2) Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam? Ps. 4.  
(3) Ambros. serm. 70.  
(4) Cum simplicibus sermocinatio ejus. Prov. III, 32.

De manera que no hay que tener pena por no poder discurrir ni hallar consideraciones con que dilatar los puntos de la meditacion. Antes dicen, y con mucha razon, que es mejor y mas dichosa suerte la de aquellos á quien cierra Dios la vena de la demasiada especulacion, y abre la de la aficion, para que sosegado y quieto el entendimiento la voluntad descansa en solo Dios, empleándose toda en el amor y gozo del sumo Bien. Si nuestro Señor os hace merced que con una consideracion llana y sencilla, ó con solo considerar que Dios se hizo hombre, que nació en un pesebre, que se puso en una cruz por vos, os encendeis en amor de Dios, en deseo de humillaros y mortificaros por su amor, y en eso os deteneis toda la hora, mejor y mas provechosa oracion es esa que si tuviéades muchos discursos y consideraciones muy altas y delicadas, porque os ocupais y deteneis en lo mejor y mas sustancial de la oracion y en lo que es el fin y el fruto de ella. De donde se entenderá el engaño de algunos que, cuando no se les ofrecen consideraciones en que se detener, les parece que no tienen buena oracion, y cuando hallan muchas consideraciones, les parece que la tienen buena.

En las Crónicas de San Francisco (1) se cuenta que dijo una vez el santo Fr. Gil á San Buenaventura, que era ministro general de la orden: "muchas gracias os dió el Señor á vosotros los letrados con que le podais servir y loar; mas nosotros ignorantes é idiotas que ninguna suficiencia tenemos, ¿qué podremos hacer para agradar á Dios?" Respondió San Buenaventura: "si nuestro Señor no diera otra gracia al hombre sino que le pudiese amar, bastara esa para que le hiciera mayores servicios que por todas las otras juntas." Dijo el santo Fr. Gil: "¿y

(1) P. I, lib. 7, cap. 14, Hist. Minor.

puede un idiota amar tanto á Nuestro Señor Jesucristo como un letrado?" "Puede, dijo San Buenaventura, una viejezuela simple amar mas á nuestro Señor que un maestro en teologia." Levantóse luego el santo Fr. Gil con mucho fervor y fuése á la huerta á la parte que caia hácia la ciudad, y con muy grandes voces decia: "viejezuela, pobre, idiota y simple, ama á tu Señor Jesucristo, y podrás ser mayor que Fr. Buenaventura." Y quedó arrobado en éxtasis como solia, sin moverse de aquel lugar por tres horas.

CAPITULO XIV.

De dos avisos que nos ayudarán mucho para tener bien oracion y sacar fruto de ella.

Para tener bien la oracion y sacar de ella el fruto que debemos, nos ayudará mucho: lo primero, que entendamos y vamos siempre en este fundamento, que la oracion no es fin, sino medio que tomamos para nuestro aprovechamiento y perfeccion. De manera que no habemos de parar en la oracion como en término y fin, porque no está nuestra perfeccion en tener gran consolacion y gran dulzura y contemplacion, sino en alcanzar una perfecta mortificacion y victoria de nosotros mismos y de nuestras pasiones y apetitos, reduciéndonos, en cuanto fuere posible, á la perfeccion de aquel dichoso estado de la justicia original en que fuimos criados, cuando la carne y apetito estaban del todo sujetos y conformes con la razon y la razon con Dios; y la oracion la habemos de tomar como medio para llegar á esto. Asi como en la fragua con el fuego se para el hierro blando para que le puedan labrar y doblar y hacer de él lo que quisieren, asi ha de ser en la oracion. Hácenos muy dura y muy dificultosa la mortificacion y el quebrar nuestra propia voluntad y el trabajo y ocasion que se ofrece; es